





COLECCIÓN POPULAR

740

RÉQUIEM POR TERESA





DANTE LIANO

RÉQUIEM POR TERESA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2019

Liano, Dante

Réquiem por Teresa / Dante Liano. — México : FCE, 2019

135 p. ; 17 × 11 cm – (Colec. Popular ; 740)

ISBN 978-607-16-6271-2

1. Novela guatemalteca 2. Literatura guatemalteca I. Ser. II. t.

LC PQ7499.L48

Dewey Gua863 L183r

Distribución mundial

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6271-2

Impreso en México • *Printed in Mexico*

*A mi madre, que me supo hablar
cuando ya no tenía voz.*





LIMINAR

Esta obra fue escrita hace unos veinte años. No recuerdo la fecha exacta, recuerdo las circunstancias, en una casa en la que ya no vivo, acompañado por un viejo *walkman* y la repetición obsesiva del casete del último concierto de Elvis Presley en Las Vegas. Como siempre, después de la primera redacción, vinieron varias correcciones sucesivas. Casi inmediatamente, la convicción de que tenía que pasar mucho tiempo antes de que pudiera publicarla. Ese tiempo ha pasado. Como dije, más o menos veinte años. A la previsible objeción de que es una novela autobiográfica, respondo con Paul Ricoeur: apenas un recuerdo o lo que imaginamos que es recuerdo se convierte en palabra escrita, ya está configurada la ficción. Recuerdo la frase de Goethe: “Pocas personas tienen imaginación para la realidad”. También: toda obra literaria es autobiográfica, aunque contemos sueños o imaginaciones, pues sueños e imaginaciones son parte de nuestra vida. Añado: lo que hay detrás es una ambición literaria: luego de haber leído *Desgracia indeseada*, de Peter Handke, quise escribir una obra semejante, con mi propia voz. Y seguir la máxima del autor austriaco, que he puesto en epígrafe en otra obra: “A mayor ficción, mayor realidad”. Repito: escribí esta novela hace veinte años, por una necesidad personal. En este caso, de veras, todo lo demás es pura coincidencia.





¿A quién llamar, sin agua en las pupilas?
En las orejas de los caracoles sin viento...
¿a quién llamar?

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Y si hay algo quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruje,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie.

CÉSAR VALLEJO

Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.

ANTONIO MACHADO





¿CUÁNTAS horas llevamos de estar esperando?

Elvis no aparece. Como que fuera aquel que está entrando, mirá, aquel gordito, chaparro, pero no es él, yo lo conozco; además, cuando entra, todo el salón parece un barco ladeado por una ola de guaro; ese que está entrando no es Elvis. Le está copiando, que es otra cosa.

Mientras tanto, el conjunto se está haciendo mierda para divertir al público. El guitarrista es un sequito más bien serio, con un bigote íngrimo, debe de ser tacaño ese hijo de la gran puta, hasta el pelo corto lleva y tiene ojos de chino para no gastar pupilas; los brazos y las canillas como varejones, y toca bien el jodido: hace rato que se está matando con Santana, *Black Magic Woman*, *Evil Ways*, *Persuasion* y otras mierdas del repertorio de cuando éramos y también de cuando no éramos.

Afuera, el sol derrite a los que pasan en este medio-día de sábado caliente. Apenas la vista regresa, todo se vuelve oscuro, cómo será de brillante el sol, carajo, y hay que quedarse como estatua para ir distinguiendo a los músicos indiferentes que tocan a Santana como si estuvieran pegando sellos en el correo, hieráticos los pisados, puras estelas de Quiriguá con una guitarra que se mueve por sí sola, pero son buenos artistas, el de la batería se ha dejado coger por algún espíritu caribeño. Un batacazo a los platos que hacen chinnnnnnn reverberante en el hemisferio del cerebro, un plinnnnn largo y extenso como el sol incansable que nos mira



desde afuera a esta sabrosa oscuridad, y las ondas de los platillos temblorosos se van esfumando como un vapor de alambre, y sigue un segundo en el que todo se suspende, no es un espacio de tiempo, es un puro espacio de ritmo, y todos sabemos que luego vendrá lo que efectivamente estamos esperando, un ataque de la prima, una sola nota gangosa, toingggg, que desencadena la sabrosura del bajo constante y difícil: allá va Santana como un tren mariguano a pura cadera y ple-xo solar: estalla el solista con el tema, y todos tarareamos la canción reconocida.

¿Pero hasta cuándo Elvis nos tendrá esperando su llegada?

Me recuerdo cuando, los domingos y éramos niños, papaíto nos sacaba a pasear después del almuerzo. Vos no habías nacido y creo que la Tita tampoco. Los papás siempre son viejos para uno, pero si te ponés a pensar, seguramente papaíto tendría, vamos a ver, me lleva veintisiete años, yo andaría por los siete, ocho años, era un hombre de treinta y cuatro. ¿Te das cuenta? ¡Más joven que vos en este momento, y un niño comparado conmigo, ahora!

El pichel de cerveza se está acabando. ¿Nos echamos otro, antes de que venga Elvis?

Ponele que tuviera yo siete años. Teresa tendría unos cinco, entonces. Eran domingos como ahora es sábado: el sol chorreaba sobre nosotros y papaíto nos llevaba a caminar a lo largo de la línea del tren, de la Cipresalada hasta Pamplona. Pamplona es un puente sobre una avenida al cabo del cual está la estación derrengada del tren más lento y más atrasado del mundo, tan fantasma el maldito tren que los papás llevan a

pasear a sus hijos a la línea seguros de que no va a pasar, y que, si pasa, primero los niños lo desmontan que el tren los atropelle. Decime vos, ¿cómo hacemos?, ¿cómo nos las arreglamos para hacerlo todo tan perfectamente mal? Pensá vos: los salvadoreños se levantaron en armas, y, al menos, quedaron tablas. Los nicas ganaron su revolución y después la perdieron. En Guatemala, los comandantes guerrilleros están viejos, canosos, panzones, chineando a sus nietos, en pantuflas con su revolución inservible, tolerados por los militares que están iguales: coches, rebosantes, diabéticos, inflados.

Entonces comenzaba la chillazón. Yo creo que comenzaba apenas salíamos de la casa. Tenía el pelo colochito, quién sabe por qué, porque siempre lo tuvo liso, después. Parecía un poco el peinado de Cristóbal Colón, liso en la coronilla y con colochitos en los extremos, alas reburbujeantes de espuma castaña, tenía el pelo castaño, todos teníamos el pelo castaño, tal vez por el sol. Mi papá la llevaba de la mano, mientras los dos más grandecitos caminábamos adelante, como la gran puta con la chillona que nos arruinaba el paseo. La Rosa se volteaba a cada rato y le gritaba: “¡Callate de una vez!” y era como si le dieran cuerda a la cabroncita que más lloraba todavía. Yo me concentraba en ir saltando sobre los durmientes, los rieles hervían a esa hora, brillantes como recién cepillados, y un durmiente, dos, tres, cuatro, cinco y atrás la tarabilla de la hermanita que lloraba sin consuelo.

Papaíto decía, riendo: “Traemos música”, con esa pachocha de toda la vida, que más nos ponía como la gran puta. ¿No podía darle una nalgada, un coscorrón, pegar-

le un grito, sacudirla? En cambio, aquella iba caminando ya sin lágrimas, con las mejillas surcadas por los ríftos secos de la primera tanda, la de la salida de casa.

De la Cipresalada a Pamplona, un solo llanto. Y mi papá que seguía, riéndose: “¡Traemos música!” Si esa chingadera continua, monótona, incansable, era música, los que están en el escenario ahorita son los Beatles, mano. Nosotros, que éramos pura mierda como todos los niños y en especial los hermanos, exigíamos que le pegara, como mínimo, y en cambio él se dejaba llenar el pantalón de mocos, con aquella que se le agarraba como de una bandera, y seguía llorando y tropezando, bajo el sol sin pausa, casi cantando su llanto porque se le acababa el aliento, monótono y ritual, como los chamanes de la montaña que rezan sus oraciones en una larga sola sílaba, una sirena automática, una queja desentendida, oficiosa, un lamento que le venía de quién sabe dónde.

Porque nosotros nunca nos preguntamos ni mucho menos le preguntamos por qué lloraba, ni siquiera cuando crecimos, cuando ya nació la Tita, y después vos, y luego nos hicimos gente grande, y borramos de nuestra memoria a la Teresa, que lloraba sin lágrimas y sin consuelo, excepto en las fiestas familiares cuando se acuerdan de aquella que lloraba siempre que salíamos a pasear a la Cipresalada y va risa y va trago. Nunca nos preguntamos y nunca le preguntamos por qué lloraba. Ahora se lo quisiera preguntar. Pero hace un año que se suicidó y el cerote de Elvis sigue sin aparecer.



Hay unas chavitas cagadas de miedo que andan anunciando la Budweiser: morenas, pelo negro abundante, caritas de muñeca de supermercado: ojotes, cachetío de manzana, nariz respingada y boquita de corazón; pero lo interesante de las morenas es que se estaban zurrando del miedo. Ya mero temblaban ante la concurrencia medio socada por al menos un pichel de cerveza que, visto a ojo de buen cervecero, eran un par de litros o litro y medio. Culitos bien con cara de en qué me he metido.

Ya los músicos nos atarantaron con su Santana que nos hace hablar a gritos, ¿qué?, ¡a-gri-tos!, me mirás con cara de no entiendo, mejor te hago una seña de olvídate, mi güey, y me bebo un trago abundante de cerveza mientras observo a una de las chavitas y pienso que never, never. Uno es un cerebro y dos ojos, y de allí, nada; es como si hubieran puesto una escafandra sobre un muñeco, y los ojos estuvieran conectados a un centro exterior. Al baterista le dio ataque, y está completamente epiléptico como si quisiera despedazar el redoblante y los tambores, entonces el de bigotitos le lanza una mirada necesariamente sesgada y se hace a un lado, lo deja echarse su solo de genialidad ante el ¡ojalá! público del Carnegie City Hall, y, en cambio, en su defecto, a los asistentes del bar Elvis de Guatemala. El ritmo se suspende un largo momento, aquietando con un dique instantáneo las aguas de algún río desmadrado, y hay un silencio, ese callarse respetuoso que hasta el más infeliz de los artistas logra cuando se lanza al vacío, a punto de dar el salto mortal, y todo el



público piensa: “Vamos a ver si este cerote las puede”; sigue el redoblante deteniendo el tiempo, pared que se le está cayendo encima, y lo detiene, lo detiene, logra detenerlo, y ahora, con la insistencia de las baquetas, está tratando de regresarlo, de ponerlo en su lugar, de colocarlo en el punto exacto en donde estaba antes de que comenzara el duelo, los ojos casi en blanco, el perfecto éxtasis del artista contra su elemento y en su elemento, un esfuerzo más, el público sabe que debe hacer un esfuerzo más, y lo hace, y la pared vuelve a su equilibrio, y está así, de nuevo de pie, y eso basta, porque estallan los platillos y se rompe el encanto y allá van los aplausos, ¡buena, vos!, chillidos a la gringa, y el tiempo vuelve a correr acompañado de las guitarras y el bajo, que nos dicen aquí no pasó nada, disuélvase, vuélvase a sus conversaciones de bolos, importantes conversaciones de mierda.

Así es, mi querida doña Martita.

¿Y Elvis, mano? Hace rato que debería haber venido y nosotros como pendejos esperándolo, vaya que el ceviche está bueno y que el pichel de cerveza ya valió. ¿Nos echamos el otro? Juega, hacele señas a una de las Budweiser. Así la jodemos pidiéndole cerveza de barril y se pone como la gran puta. De paso le preguntás quihubas con Elvis.

El negro del bajo me recuerda un poco al Pirata. ¿Vos lo conociste de joven, te acordás de él? No, ¿verdad?, eras muy chiquito. El Pirata iba para delincuente, mano, si no entra al ejército. Allí también terminé de delincuente, pero oficializado e impune. Si vos sos un asesino, si tenés vocación de asesino, entrás al ejército, y que más querés, te zampan una pistola en la

mano y un vergo de pisados a quien mandar, y te das gusto con ganas. Y fijate vos que hubo una época en Guate que ser militar era como ser, qué te dijera, empleado de Hacienda. Los militares andaban en la calle, iban a las casas, vivían entre la gente y hasta los respetaban. Fue después, quiero decir ahora, que ves un militar y te vas corriendo a la mierda, del puro miedo. Es la única institución que primero se hacía respetar y después se hizo temer.

Pues el Pirata no había domingo que no se estuviera trompateando en el terreno de enfrente. Te acordás del descampado que había frente a la casa. Allí, el Pirata se rompía la madre con sus contrincantes. A cada rato se oía: “¡El Pirata le está pegando a Miguel!” y las grandes alharacas y las viejas para afuera, menos la mamá de aquél, que trabajaba no sé dónde. Para eso estaban las viejas huevonas que después le iban a dar el chisme. Nosotros nos asomábamos a la ventana, asustados, y mirábamos de lejos al grupito en donde se suponía que, al centro, el Pirata se desahogaba con algún otro machito que le estuviera disputando el puesto de jefe de la pandilla. Se emborrachaba el Pirata, con sus cuates, y luego terminaban en el campito, insultándose al principio y pegándose después. Eso era ser hombres, eso era ser hombres para todos nosotros, eso era ser hombres en Guatemala de la Asunción, eso era ser hombres en un puntito del universo: escupir sangre y polvo, tragar sangre y polvo, masticar la tierra mientras los otros consideraban que era suficiente, que ya nos podían separar, y nosotros todavía luchando por desembarazarnos, más ebrios todavía con los golpes y el deseo de matar.



Pues te decía del Pirata. Era el terror del barrio. Creo que por esa época ya estaba en el Adolfo Hall.

Mirá, mirá, aquel pisado, ¿no es Elvis?

No es Elvis.

Un día llegó a la ventana de la casa a cantarle a mi mamá:

Vamos a la vuelta,
del toro, torojil,
a ver a doña Trinis
comiendo perejil.

¿Sabés qué hizo mi mamá? Era igual a él. Abrió la ventana de un pijazo, y el ruido provocó la estampida de la pandilla, que se detuvo apenas en la esquina. Mi mamá no titubeó: “Pirata”, le gritó, “venga para acá”. El otro, que se las llevaba de no tenerle miedo a nadie, menos a una vieja brava, se dejó venir a la ventana con las patotas arqueadas: “Sí, doña Trinis”. Entonces mi nana le dijo: “Eso que está cantando, vaya a cantárselo a la puta de su madre, que yo le conozco la cola”. El Pirata, que nunca ha sido ningún baboso, entendió que lo que vendría después sería un torrente de revelaciones. Así que, sin humillarse a pedir perdón, dio la vuelta y regresó a reunirse con los de su pandilla. Quién sabe qué explicación les dio. Lo que mi mamá no sabía, lo que ninguno de nosotros podría jamás haber imaginado, era que al final de cuentas el Pirata iba a terminar casándose con mi hermana Teresa.

Pero yo digo que mejor nos vamos, maestro, porque este tu Elvis ya no apareció.





Ahora el baterista cierra un solo entrándoles a los bongós, el público capta la onda y comienza a seguir el ritmo con los aplausos, el del bajo se interpone y comienza a desarrollar un tema con el ritmo inventado por la batería, lo sostiene por un rato, el órgano se manda un fondo como de pura escenografía, entonces el sequito improvisa un breve solo, ya están todos en la misma vara, ahora podrían seguir toda la tarde alternándose y repitiendo, cantan cualquier babosada que no desentone, y a un cierto punto, el sequito se harta, deja que la guitarra descanse, y entonces todos se van callando, hasta dejar solos, de nuevo, al bajo y a la batería, encerrados en un círculo de ritmo que se muerde la cola, como aquellos ratoncitos gringos que no sé como se llaman, que los ponen en una rueda y comienzan a correr hasta el infinito, pobres ratoncitos pisados.

Oye como va, mi ritmo,
bueno pa' gozar, mulata...

Ésta es pura música de mis tiempos. Sólo que cuándo iba yo a soñar que iba a tener pisto para venir a oír a un conjunto en la zona 14, ahora, que ya no me sirve para nada, que ya toda esta música es pura viejada y ni siquiera yo me entusiasmo, la pongo y me aburro.

Así es, mi querida doña Martita.

Y aquí estamos, esperando a Elvis, y la Teresa se suicidó. Si vos me lo preguntaras, no te podría responder si le gustaba o no Santana. Ya de último tenía unos gustos de pura mujer de militar, se había convertido en





una perfecta mujer de militar. Le gustaba Dolores Pradera, le gustaba Julio Iglesias, le gustaba Luis Miguel cantando boleros, todo lo que fuera melcochoso y fariseo le gustaba. Todo lo que cantara al fracaso, a la vida desperdiciada y hundida en un tonel de mierda, eso le gustaba. Era un buzo en el estiércol. Pero no tenía traje submarino, estaba desnuda entre la mierda, respiraba mierda, vomitaba mierda.

¿Será internacional el gusto de la mujer del militar? Parece que las mandaran a todas a un burdel de México a hacer un curso de maquillaje. Las cejotas delineadas a la vampiresa, la sombra de los párpados más cargada que la de Liz Taylor en *Cleopatra*, rímel en las pestañas de a dos kilos, un brochazo rojo en los cachetes, que cuando abrazan a alguno le dejan un sobón carmesí, y el hocico, que en nuestras mujeres siempre ostenta grandeza, más rojo que la casaca del Municipal. A mí se me hace que el ejército obliga a las esposas de los militares a vestirse así para poder reconocerlas en cualquier lugar, una especie de uniforme. Viejas gordas estallando en telas de florones. ¿Dónde estaba nuestra hermana Teresa detrás de ese disfraz? ¿Dónde estaba la adolescente tímida detrás de ese mujerón vulgar? ¿Dónde se perdió nuestra hermana Teresa? ¿Dónde la niña de anteojos (ahora la estoy viendo) y nariz larga, el pelo recogido en dos trenzas, con sus muñecas y su ropa de niña pobre? ¿Dónde la muchacha floreciente que ignoraba hasta un punto su belleza? Virgen azteca, había subido al altar de sacrificios de Xipe, había sido desollada por los sacerdotes, y en lugar de su piel de primavera, ahora llevaba el estruendoso uniforme de mujer de militar.



El Pirata y la Teresa, no podía terminar de otra forma. El Pirata siempre trajo mala suerte. No hay uno, entre la gente que lo rodea, que pueda haber alcanzado algo que se parezca a la felicidad o a lo que sea su equivalente. Es un hombre que trae la muerte, porque es amigo de la muerte. Una vez hubo un gran escándalo en la cuadra. Llegaron corriendo a avisar que habían puyado al Pirata en una pelea. Lo habían puyado con verduguillo y le habían traspasado no sé cuántas veces el intestino. El verduguillo te hace una heridita casi invisible, pero por dentro te despedaza, porque te rompe los órganos por todos lados, con heridas insignificantes, que los médicos casi no pueden ver. Le hicieron una operación larguísima, para coserle todos los hoyos que le abrieron. Y el que no se muere de la herida, se muere de la infección. Pues el Pirata se salvó. Como al mes andaba otra vez rompiéndose la cara en el descampado de enfrente. No hay modo de que se muera él. Por eso se mueren los que lo rodean. Si lo ves, tocá madera.

Mirá, vos, yo digo que mejor nos vamos, hombre. Este tu Elvis ya no vino y yo estoy hasta los huevos de estar oyendo a los imitadores de los imitadores de Santana. Tocan bien, no digo nada, pero no tienen gracia. ¿Qué es un artista sin gracia? La gracia no se la da nada, no se la da la técnica, no se la da el estudio, se la da la madre que lo parió. Y no hay necesidad de preparación ni de nada para reconocer la gracia. La reconocen hasta los animales a cien leguas de distancia. Es como si lo que oís, lo que ves, lo que leés, te levantara en una alfombra mágica y te llevara a volar, ésa es la gracia del arte, y estos pisados no tienen ni arte ni parte con la gracia del arte.



Elvis fue llegando por ahí por las cuatro de la tarde. Ya estábamos cansados de hablar babosadas y el segundo pichel andaba por la mitad. Ese tiempo a destiempo de la ebriedad: un pestañazo y de repente nos habían dado las cuatro, ¿a qué horas fueron las tres? ¡Ése es Elvis! ¿Quién? Ése, ese chaparrito y gordito, ese colucho, pelo color de polvo, que está entrando. Entró como una flecha, *like a rolling stone*. ¿Y esa mierda de hombre es Elvis, vos? Ya vas a ver, ya vas a ver.

¿Qué me contás, mano?

Ya llevamos un montón de tiempo sin abrir la boca. En boca cerrada, verdad vos. Dicen que hablar con refranes es seña de poca inteligencia. Dime con quién andas y cagado amaneces. El que con niños se acuesta le amanece más temprano. Haz bien y te sacarán los ojos. El que con lobos anda Dios lo ayudará. No hay bien que por mal no venga. O aquellos que ven la paja en el culo ajeno. Los refranes son puras pajas: son pura literatura. Parecen verdad porque están bien dichos, suenan bonito, tienen su ritmo. Y hasta se contradicen.

Así es, mi querida doña Martita.

¿Qué te contara?

Ya va a salir Elvis, mano. Orita se ha de estar cambiando, vas a ver qué... ¿qué? ¿Cómo se dice ahora, vos? En mi tiempo se decía “chilero”, luego dijeron “tuanis”, después se les ocurrió “nais”, en cierta época también decían “bestia”. Después dijeron “súper”. Qué chilero. Qué tuanis. Qué nais. Qué bestia. Qué súper.

La Teresa se moría cuando era chiquita. Se moría y



resucitaba. Esto pasó antes de cuando íbamos a pasear a la línea y se ponía a llorar. Yo tengo presente, es como si lo estuviera viendo ahora, una de las veces que se murió y la hicieron regresar. Era cuando estábamos en el pueblo, con una pila enorme, una de esas pilas que están verdes del musguito por dentro, de esas pilas de agua fría como el hielo en el altiplano, en donde relampaguea el sol de mediodía sobre el agua hipnótica y espejeante, en donde ves repetido el cielo azul, casi negro de la montaña.

Era como una sirena el llanto insistido de la Teresa, se callaba un momento y luego volvía con más ganas, entre pujidos y mocos. Agarraba aviada antes de soltar el grito sostenido que duraba hasta perder completamente el aliento. ¿Por qué chingados lloraba tanto? Yo no me acuerdo. Y si se lo preguntás a mis papás, a saber en qué recoveco del cerebro guardaron ese recuerdo que no quieren recordar. Pero, de repente, el aire se rasgaba con su llanto, había un corredor colonial largo, largo, largo, las macetas que colgaban de las vigas, altas y trenzadas, con sus hojas que bajaban en cascada hasta el suelo, o flores que se venían abajo con vuelo de mariposa. Mi recuerdo de esa casa del pueblo. Hay un sol que planea sobre el centro del domingo, en ese patio de flores y reverberaciones. Hay unas bañeras de metal llenas de agua templada, y nosotros, los niños, metidos en ellas, llorando y alegrándonos, jugando y protestando. Aparece una sombra con una cámara fotográfica, se disgusta porque no nos reímos, por ahí anda la foto todavía, la Rosa en primer plano. Fotos de los años cincuenta, cuando el presidente Arévalo todavía estaba en el poder.

Entonces, en mitad del aullido de niño desgañitado, se le iba el aliento, como si el alma se le escapara con el grito. Se le iba el aliento y no le quedaba nada, sólo la bocota abierta y los ojos despepitados, el color de la cara se le comenzaba a volver azul, le daban dos nalgadas que restallaban en ecos desdoblantes hasta el fondo del zagúan, pero las nalgadas no hacían ningún efecto, y entonces la alzaban de las patas y corriendo, el que estuviera más cerca, la sirvienta, la cocinera, el jardinero, quien fuera, la levantaban como pollo desnudo y corriendo la iban a meter de cabeza en la pila helada, una, dos, tres veces, hasta que volvía el grito a romper el silencio del cielo, de las plantas, del aire, del mundo que se había detenido cuando la Teresa se iba y se moría delante de todos, se moría de puro llanto. Se moría y resucitaba.

No creás que teníamos jardinero, cocinero, chofer. Eran colegas de mi mamá, porque era la directora de la guardería infantil y vivíamos allí, en la guardería, como si fuéramos ricos. Después la destituyeron, a mi mamá, cuando cayó Arbenz. Un lenguazo. Por comunista. Era tan comunista como Arbenz, mi mamá. Para Arbenz fue la pérdida de la presidencia. Para mi mamá, la pérdida del empleo. En proporción, la misma cosa. Porque mi madre nunca volvió a encontrar empleo, nunca en su vida. Y a ella también se le suicidó una hija.

Estaba perfecta. Guatemalteca, mi mamá. ¿Y a qué hora va a salir ese tu compañero, no mirás que ya se acabó el segundo pichel?



De pronto, a saber de dónde putas salen dos trompetas y la banda musical se convierte en una pequeña orquesta sinfónica nacional: se atreven, los desalmados y cándidos, a echarse la entrada de *Así hablaba Zaratustra*, que a todos nos recuerda *2001, Odisea del espacio*. ¿Te acordás del cavernícola que lanza el hueso al cielo y en un trizás se convierte en la nave espacial que danza en la oscuridad el *Danubio azul*? ¿No te acordás? ¿No viste la película? Estás cagado, mano. Te falta una columna en tu cultura siglo xx. Es como no conocer a Elvis. Pues de todos modos, ésa es la música que están tocando los trompetistas. Magnífica, grandiosa, ampulosa, su potente sonido fecundante. Sólo que, si en la película, el *Zaratustra* se disuelve en el *Danubio*, éstos disuelven a Wagner en las primeras notas de *See, See Rider*.

Y pensar que son canciones de fines de los cincuenta, de cuando éramos patojos y no teníamos ni noción de lo que nos iba a pasar; esas patochadas nacionales les pasaban a los otros que tenían doble apellido y hablaban en la radio: Arbenz Guzmán, Castillo Armas, Ydígoras Fuentes, todos perfectamente serios, nadie de juguete, mientras nosotros veíamos pasar la historia como los jets, esos nuevos aviones que cada vez que pasaban por encima de la ciudad producían una explosión al romper la barrera del sonido. No. No sabíamos que también nosotros, pese a nuestra resistencia, nos íbamos a embarrar de historia guatemalteca, sangre, sudor y mierda, porque lágrimas ya era mucho lujo para un chapín.

Así es, mi querida doña Martita.



Fijate vos, la casualidad: la echaban de cabeza en la pila, y al final murió sumergida en el agua de la tina de baño. El rito era el mismo: entrar en el agua, el resultado opuesto. Pero ahora está muerta, ya hace exactamente un año que se murió, y yo pienso en su tumba plana, a ras de suelo, con una plaquita que lleva su nombre, una tumba difícil de encontrar, con un aire de precariedad que no se les ocurrió a los mercenarios que lotificaron esa finca para convertirla en cementerio privado. El cementerio general no es así: tiene sus colores, sus monumentos, su alegría. En cambio, el cementerio en donde está nuestra hermana es tierra y pura tierra y nada más que tierra. Y el aire de la colina. Nada que te proteja: puro aire y dolor. Los deudos desperdigados como comparsas de tu película, en donde al fin sos protagonista vos solo, *solo de soledad y solitario y solo...*

Allí ha de estar, debajo de la tierra, con los ojos cerrados, la veo con los ojos cerrados, la veo con la boca en una media sonrisa, con la expresión descansada. La veo como la quisiera ver, no como la vio nuestra madre cuando la vistió en el obitorio, luego de que le hicieron la autopsia. No quería verla. Pero hay que ver a sus muertos, para que descansen. Sólo cuando los ves fríos, desamparados, listos para podrirse, con la carne apagada y gris, inútiles, desperdiciados, abandonados de la luz, con ojos que no son ojos, pues brillan más los ojos de bolita de vidrio de las imágenes en las iglesias, cuando los ves que no te sienten, no te escuchan, ya no estás vos para ellos, ya no está el mundo que habitaban, entonces te convencés de que son ellos los que ya no están, que el mundo se acabó para ellos, que necesi-

tan ser olvidados bajo capas de tierra o en un nicho discreto, en donde lentamente serán comidos por el juicio final de los gusanos. Nuestra madre la fue a ver y la vistió: la vistió y la maquilló. Quizá diciendo aquellas palabras que no tuvo tiempo de decir. Por más que me esfuerzo, no me puedo imaginar a mi madre en la funeraria, delante del cadáver desnudo de Teresa, ordenando, limpiando, luchando contra el *rigor mortis* para ponerle sus anillos, las prendas íntimas, el largo vestido. Lloro hasta cansarse, deja caer el agua que brota de sus ojos sin tomarse el cuidado de secárselas, con la tenaza en la garganta, en el pecho, en el estómago, más abajo del estómago. Las palabras exactas: es el peso en el cuerpo, un peso no advertido antes, un peso que no duele sino que está, que te afloja las canillas, la pesadumbre. No es un juego de palabras: es un huésped que se te instala y que no te va a dejar nunca. “Me voy a llevar este dolor hasta la tumba”: formas sencillas de decirlo; formas verdaderas. Pero de esto hace un año. Ahora la Teresa se confunde con la tierra, sus carnes abiertas y descompuestas, el pulular de los gusanos, la hinchazón violácea de la piel que poco a poco explota, y la espera de que todo termine en huesos blancos, en la calavera común que nos iguala, ya sin sexo ni identificación, el hueso puro, y después de muchas lluvias, la nada.

6

¿Me vas a creer que Guatemala se dividió, por allá por los sesenta, a causa de Elvis? Acababan de pasar un

montón de cosas gruesas, habíamos salido en los periódicos de todo el mundo a causa de que los anticomunistas habían echado a Arbenz, y de pasada a nuestra nana. A nosotros nos da risa, pero a ella le volaron la chamba y le cayó encima la chibolita negra de comunista. Ella dice que fue doña Floriana Amenábar la que se echó el lenguazo, porque quería el puesto. Haya sido quien sea, se zurró bien zurrada en ella, porque ya nunca pudo tener una brizna de empleo. ¿Vos sabés que salía en un carrito con altoparlante para la campaña de Arévalo, y después fue partidaria del doctor Jordani, el que perdió con Arbenz, y lo mismo salía con el carricoche micrófono en mano, gritando consignas y llamando al voto, y cuando le chiflaban los fascistas, ellas les gritaban, “salgan, si tienen pantalones, hijos de la gran puta” y nadie se atrevía con ella? Mi papá manejaba, a él le hubieran llovido los vergazos, y seguramente iba rezando para que nadie le hiciera caso a tu nana. Malos políticos, nuestros padres. Eran la pura base de Arévalo, y se tragaron todos los ideales, sin aprender las mañas. Menos mal que a mi papá no lo sacaron a la mierda, porque si no, nuestra infancia, en lugar de la pobreza, hubiera conocido la miseria.

A vos no te tocó. A la Teresa, a la Rosa y a mí, sí. Nosotros fuimos pobres, realmente pobres de solemnidad, como dice el dicho, ves la idiotez de los dichos, qué tiene de solemne la pobreza, si es patética y te envilece hasta las cachas. Uno, de pobre, se pasa la mitad del tiempo disimulando la pobreza, pero cómo disimular lo que no se puede disimular, decime vos.

Me acuerdo que Guatemala estaba dividida en partidarios de Elvis contra partidarios de Pat Boone. Ha-

bía programas de radio que se llamaban “Elvis contra Pat”. Y los cuates llamaban para votar, qué se yo, *April Love* contra *Hound Dog*, y como siempre ganaba Elvis, yo, que era buen hijo de mis tatas, comencé a votar por Pat Boone. Vos poneme una causa perdida y allí me tiro de cabeza, como ellos, babosos, con la revolución del 44. Ha de ser el gusto de perder siempre, la pura animada de ir contra la corriente, del lado del perdedor. Era un programa que pasaban por allí por las dos de la tarde, si mal no recuerdo, y las chavas va de llamar, Elvis, Pat Boone, Elvis, Elvis, Elvis, Pat Boone, Elvis, Elvis, Elvis, ¡ganó Elvis! Siempre ganaba Elvis. Hace unos días vi a Pat Boone en la tele, que seguía cantando *Palabras escritas en la arena* o algo por el estilo, y me dio grima ver al viejito con la voz gangosa en que se había convertido. Ganó Elvis. ¡Mejor suicida que terminar en esa tristeza!

¿Suicida? ¿Dije suicida?

Se suicidó en homenaje al Pirata, a él solo, en abstracción del resto de pisados que somos nosotros. Una putada. Y Elvis que, al ritmo de la batería, está a punto de entrar, entre los gritos de sus fans, que reclaman con fuerza su nombre sagrado: ¡ELVIS, ELVIS, ELVIS!

7

¡ELVIS, ELVIS, ELVIS!, gritan sus fans, y mirá vos que tiene sus huevos convertirse en fan de este Elvis, ya no digo de aquel otro. Desde que entramos están instalados aquí los admiradores, cerca del escenario, han seguido con atención a los bandoleros del conjunto, y se